

llamas del cielo sobre la víctima. Falsos profetas, no lo habeis podido. Ahora dejad que *el íntegro, el casto* levante á Dios su corazon y su palabra... Porqué perdeis el color? porqué temblais? Esas llamas descenden, caen sobre vosotros, os devoran, sacerdotes de Baal!

« Ah, si en el seno de algun pueblo católico cundiera tan abominable vicio, se estremecieran de horror aun las potestades del infierno! » exclamais horrorizados. Las potestades del infierno están estremecidas; Sodoma y Gomorra están reedificadas; horrorizaos. En dónde? En el seno de más de un pueblo católico: en esas ciudades monstruos donde los vicios más inverosímiles habitan las tinieblas; donde el dios Priapo tiene altares en oscuros subterráneos; donde los hechizos de Vénus nada pueden; donde los Antinoos y Esporos desbancan á las Cyteris y Popeas; donde... Jóvenes que habeis salido por un instante de la inocente América, decid si estoy hablando la verdad. Qué de atrocidades, qué de pecados inauditos, qué de crímenes no se llevarán adelante en esas bacanales, que aun cuando no se disparen enloquecidas por las calles, estarán bailando, saltando y corriendo furiosas pos sus escondrijos? Los que no habeis viajado, no sabeis... mas nadie ignora por allá que ese nefando vicio está hoy tan coronado como en lo antiguo. Tan coronado no, pues las leyes no lo sufren, como en Aténas, ni lo prescriben á los mozos, como en la infame Tébas; pero ay! no deja de reinar. Estemos á justicia: España, en este particular, es la nacion más bien quista con la Providencia: en España la naturaleza está en sus términos propios: reina majestuosa, no

se apea ni un punto de su trono, y los hombres le prestan homenaje en debida forma. El grave, religioso español no va á Sodoma; si se pierde es en Jerusalem. De aquí proviene que nosotros estamos libres de ese vicio, nos horrorizamos de sólo oirlo, y la mayoría de los sud-americanos aun ignoran lo que ello puede ser. Dichosa ignorancia! Pero dad un paso de España, salvad las Columnas de Hércules, y allí vereis á la madre naturaleza tirada en el fango, pisoteada, estropeada por el hombre. « Dicese que en Argel se ha llegado al extremo de no tener ni una mujer en los serrallos. » Cuando los revolucionarios contra el sultan Achmet de Constantinopla saquearon la casa de Chaya, no encontraron en ella ni una sola*. » Estas son llagas con que el género humano morirá infestado: si la ley de Cristo fuera observada, se las curara; mas qué importa la profesemos cuando no la seguimos? No llueve fuego sobre las ciudades, no hay otro diluvio, por que el Señor ha dicho: No maldeciré á la tierra en adelante á causa de los hombres, porque su corazon y su pensamiento están inclinados al mal desde que nacen: no fulminaré, pues, mi ira contra toda criatura viviente, como lo he hecho.

« Para impugnarnos respecto de los católicos, nos echais encima los vicios de los mahometanos, decis: que los argelinos no tengan mujeres en sus serrallos, no quiere decir que nosotros las desechemos. » Ya lo creo: vosotros no sois gimnosofistas puros que desechais ninguna

* *Esprit des lois.*

clase de logros y deleites; ni siquiera esos á cuya vista se estremecen de horror las potestades del infierno. Venid conmigo, tomemos esta nave, y dentro de tercero dia hemos descubierto tierra de Europa. Qué cimborios, qué torres, qué palacios de mármol son esos que allá están resplandeciendo bañados por el sol de Italia? Mirad estas costas á lo largo de las cuales la encantada Parténope se va desenvolviendo, sembrada de ciudades, pueblos y aldeas pintorescas. Esa es Nápoles, reina del mar Tirreno: Nápoles la bella, opulenta, amorosa. Id con tiento por esa ciudad católica: ella es el sepulcro blanqueado de que hablan los profetas. Un hombre está allí contra la puerta de una iglesia; otro en la esquina de la calle; otro os sigue á la sordina. Ya se vienen á vosotros, ya se os llegan... os hablaron los infames! qué proposiciones son las tuyas? qué os ofrecen? qué inmundicias os echan en los oídos? Sodoma y Gomorra están reedificadas, las potestades del infierno están estremecidas. Y qué extranjero no ha sido víctima de un ultraje irreparable en el monte Pincio, el Corso, la plaza del Pópulo, en Roma, ciudad del pontífice romano, cuando pasaba entre oscuro y claro, meditando por ventura en cosas elevadas é inocentes? Corredores del crimen, embajadores de Sodoma, los echacuervos que os siguen con el pecado nefando en las manos son tan comunes allá, que me admira no hayais tenido de ello la menor noticia. Y hé aquí que, si en el seno de algun pueblo católico cundiera tan abominable vicio, se estremecieran de horror aun las potestades del infierno.

Que los cristianos primitivos, con los olores frescos

de las ciudades malditas chamuscadas á orillas del Mar Muerto hubiesen temido esos hálitos ponzoñosos, y hubiesen tomado providencias para preservarse de ellos, pudiera admitir explicacion; pero que los jesuitas, ortodoxos de ayer, se vean en la necesidad de hacer prohibiciones nefandas á su orden, como las hechas por el padre Aquaviva, esto es lo que no nos cabe en el entendimiento. Las amistades con los jovencitos son peligrosas, decia san Pacomo; y castigaba gradualmente á los hermanos que reian ó se jugaban con los niños. Aquaviva, en las Instituciones, ha abrigado los mismos temores que san Pacomo, vecino de Salen y Pentápolis.

Doroteo es todavía más severo con sus frailes: Rechazad la amistad de los mozos como la del enemigo; huid de conversar con ellos *ut amicitiam diaboli*.

No recibirás en tu celda á un niño ni un jóven, exclama san Teodoro Studita, en un corazon con san Isidoro, quien tiene por peligro inminente el reir con un niño ó el tocarle.

San Saba rechaza de su orden á los imberbes, no sea que la honestidad corra peligro. Y es sabido que en el monasterio de san Bermon el maestro de escuela no podia estar ni un instante solo con uno de sus escolares, ni le era dado dirigirle la palabra sino en presencia de todos*.

En las Instituciones de los jesuitas, *Regulæ communes*, hay reglas como éstas:

De non loquendo;

De nemine tangendo;

* Nusquam solus cum solo progrediretur, nec solus puer secretius illi loqui ausus esset.

y aun les prohíben á los padres tocar perros ni gatos, ¡ qué infamia ! En qué casa pública de prostitucion comprenderia nadie el motivo ni el objeto de prohibiciones semejantes *? Amistades de mal olor, *amicitiam male olentem*, como las de las *regulæ communes*, no conocieron los de Puerto Real ; y cuando, pulverizado por el Pontífice Romano, á pesar de san Agustín, Jansenio hubo caído, bailaron sobre él los jesuitas, le pusieron alas de diablo, y en una ruin farándula que llamaron comedia, le mandaron á los infiernos. Y Jansenio no habia temido nunca hallarse á solas con un niño, ni tocar perros ni gatos. Ahora pues, los jesuitas son ó no católicos ? viven ó no en el seno de más de un pueblo católico ? Escarbó el gallo y descubrió el cuchillo : vuestro sodomita no ha sido Ciceron, el hombre más honesto y puro de la antigüedad, segun el testimonio de muchos santos cristianos y Doctores de la Iglesia. La justicia de los hombres henchidos de odio es un furor farisaico, dice san Pablo : la ciencia de los hombres henchidos de mala fe es una ignorancia satánica, digo yo. Estos nunca andan buscando qué salvar sino qué devorar : *Quærens quem devoret*. Mas cuando invocan las llamas del cielo para sus enemigos, las llamas caen sobre ellos, como sobre los ministros de Baal, y los consumen. Enemigos... No saben que el verdadero cristiano no los tiene, porque sufre y perdona ? *Christianus nullius est hostis*.

Quintiliano formó su *orador perfecto* tomando á Ciceron por modelo. El orador perfecto, dice, ha de poseer

* *Le Jésuite*. — *Des Jésuites*, MICHELET et QUINET. — *Le Jésuite moderne*, GIOBERTI. — *Histoire de Port-Royal*, JEAN RACINE, etc., etc.

todos los conocimientos humanos, todas las virtudes : probidad incorrupta, firmeza indomable, actividad que nunca pierde la esperanza de ilustrar á los hombres y hacerles ver lo cierto de las cosas : honestidad, valor, amor al género humano, como Ciceron. Y este es el Ciceron vicioso cuyo conocimiento seria perjudicial para los jóvenes ; cuya amistad, de mal olor, *male olentem*, para los niños ? Poco es que este grande hombre haya vuelto más gloriosa á su patria con sus obras, que todos los capitanes juntos con sus hazañas y conquistas, como afirmó un antiguo ; Ciceron ha convertido al cristianismo á los Doctores que hoy son lumbrera de la Iglesia. Yo solamente soy capaz de sentar paradojas semejantes en pueblo como este donde escribo ; pero las siento, porque las puedo probar.

Agustín es idólatra : en vano su santa madre vive colgada de la mano de Dios pidiéndole por él : Agustín permanece sumido en los vicios y los errores de una juventud desenfrenada : es vanidoso, se va desalado tras la preponderancia del orgullo. Deja una mujer, toma otra ; la deja á ésta, busca la tercera, y la cuarta, y la quinta : sus aventuras dan golpe, vive del escándalo. Su propension al mal es irresistible : asalta por la noche el cercado ajeno en gavilla con otros pícaros, y sacude los árboles de su vecino, le roba la fruta á ese hombre pobre, infeliz, para echarla á los puercos. Agustín es malo, corrompido : cae en sus manos un dia *El Hortencio*, y siente en el corazón y el espíritu una transformación milagrosa : en el libro del pagano ha visto á Jesucristo : su doctrina, pura y limpia, allí está llamando á las almas á la nueva religion. Si á mí no me creis,

oidle á él mismo. « Este libro cambió, dice, todos mis afectos y mis ideas : enderezó á vos, Señor, todos mis ruegos, y dió direccion nueva á mis propósitos y mis deseos. Todas mis vanas esperanzas, envilecidas á mis propios ojos, cayeron en un pronto, y principié á levantarme hácia vos. Ser filósofo y sabio á la manera de Ciceron, fué mi ardiente anhelo : este hombre nos vuelve sensible y palpable el precepto del Espíritu Santo : Guardaos de los incentivos de la vana filosofía que sigue las tradiciones de los hombres y las máximas del mundo, y no las de Jesucristo, en quien reside corporalmente la plenitud de la divinidad * . »

La doctrina de Jesucristo estaba en El Hortencio : San Agustin no echaba de ménos en él sino el nombre del Salvador. Y á este hombre extraordinario que en medio de las sombras del gentilismo volvia sensibles y palpables los preceptos del Espíritu Santo ; que ha convertido paganos en cristianos, libertinos en Padres de la Iglesia ; á éste le condenais, judíos, por vicioso y corruptor ? San Hierosmo era apasionado de Ciceron : pues bien ; los ángeles le cogieron un día, segun la tradicion jesuítica, y le castigaron ese amor gentil con doscientos azotes. Con cuántos le castigarán á san Agustin nuestros católicos por haberse dejado seducir y corromper por Ciceron ? « Ciceron, explayando su divina inteligencia segun las reglas de la Academia, sentó los principios de religion, moral y filosofía, todo conforme con la mente de Dios mismo respecto de la humana criatura. » El sistema de Ciceron, dicen los críticos, es el esfuerzo mayor y

* *Confesiones de san Agustin.*

más sublime que nunca ha hecho el hombre en estado de idolatría, para elevarse al fin puro y dichoso á que se halla destinado. Erasmo, con el libro de Los Deberes en la mano, con el de Las Leyes, abismado en profunda admiracion, decia que el corazon que habia dado cabida á tales afecciones, la cabeza que habia concebido tales ideas, no pudo ménos que estar inspirada por la Divinidad. *Dubitare non possum quin illud pectus, unde ista prodierunt, aliqua divinitas occupavit* *.

En presencia de la verdad negada, la sabiduría desconocida, la virtud hollada á los piés del vicio ; en presencia de la mentira coronada, la ignorancia ahita de riquezas y honores, la mala fe encendida á manera de antorcha universal ; cuando vemos al inicuo de regidor de pueblos, al impío que derrueca altares, al homicida triunfante ; aturdidos por ese tropel del género humano que corre ciego á estrellarse contra los siglos venideros, sin mirar en las virtudes, á las cuales atropella como animal selvático ; tenemos ímpetus de exclamar como el orador sagrado que está mirando á sus plantas un mar de pecadores contumaces : Oh Dios, en dónde están tus escogidos ?

Desde que Veleyo Patérculo hizo la apología de Ciceron en las barbas de Tiberio, ya nadie se ha atrevido á poner lengua en tan célebre romano. Cremucio Cordo acababa de recibir del déspota la orden de quitarse la vida, por haber encomiado á Tito Livio, historiador

* ERASM., *Ep. ad Joann Wlatten.* — *Obras de Ciceron*, édit. de Le Clerc.

poético que reviste á la libertad con las alas de los séres divinos. Veleyo, baheando todavía la sangre de Cremucio, toma de la tumba á Ciceron, y le coloca entre los dioses inmortales, por su amor á la libertad y las virtudes. Tiberio, estupefacto, no dijo nada: justicia y valor aterran algunas veces á los tiranos. Quintiliano fué afectísimo á Ciceron y le llamó « el más virtuoso de los grandes hombres. » Marcial, adulador de otro tigre que vivía de sangre humana, va persiguiendo por la eternidad entre las sombras de los réprobos al asesino de Marco Tulio, y amonesta á los hombres de todos los siglos á no perder de vista al infame Antonio y castigarle con su execracion perpetua. Volvereis á decir que éstos son gentiles, y añadiréis, convirtiendo á vuestra causa el principio de Bentham, que autoridad gentilica no es razon, así como autoridad religiosa no es razon. San Hierosmo, san Agustin, Erasmo no son gentiles; mas si en todo caso gustais de ejemplares de nuestro tiempo, oid exclamar lleno de júbilo á Francisco Petrarca, presbítero de la religion cristiana, hombre de bien y católico además: « Por fin me fué dado conocer á Ciceron, aunque al borde del sepulcro! » Esto decia, habiendo hallado él mismo las cartas á Atico, donde se presenta el orador antiguo en toda la sublime desnudez del hombre justo. Dion Casio, griego asalariado por los tiranos, historiador sin verdad ni decoro, fué mortal enemigo, no de Ciceron solamente, sino tambien de todos los hombres célebres que habian resplandecido por la práctica de las virtudes. Mas sus injurias y calumnias no cundieron: sus diatribas, puesto que rebosando en negro talento, no mancillaron la honra del virtuoso escritor;

antes por el contrario, esas oleadas de impureza no hicieron sino poner de manifiesto la tersura de su vida. Á la vuelta de algunos años, el emperador Severo Alejandro tributaba á Ciceron, en un santuario oculto de su palacio, adoracion junto con Platon y Moises*; y Severo Alejandro fué uno de quien se ha dicho, que si el género humano hubiese de elegir un rey absoluto, universal y perpetuo, habria elegido á ese emperador. El infame Dion Casio mismo no alega en sus sátiras otra autoridad que la de un cierto Fufio Caleno, sacrilego que se habia atrevido primero que todos á echar su sobrealiento pestífero en la sombra augusta de Marco Tulio Ciceron. Como Virgilio, éste tuvo su Mevio y su Bavio; y es natural: grande hombre, hombre de genio, oficial del Todopoderoso en el mundo, circundado de un arco iris invisible para los perversos, el cual no brilla sino á los ojos de Dios y de los justos; hombre de esta naturaleza, digo, sin envidiosos, perseguidores y detractores, no se ha visto. ¡ Así llegue algun dia á los oidos de los malos la voz que, saliendo de la eternidad, rompe los siglos, y dice al que yace muerto en las tinieblas: « Levántate, oh tú que duermes el sueño de la muerte, y Cristo te iluminará! » El malo sigue durmiendo, y esa voz no ha rompido aun su torpe sueño. Sueño de muerte es el pecado; sueño de infierno el crimen.

Pudiera yo honrarme con el silencio respecto de cargo tan gratuito como temerario, de afirmar que soy ene-

* Lampridio, SEVERUS.

migo de Jesucristo, yo que no puedo oír su nombre sin un delicado y virtuoso estremecimiento de espíritu, que me traslada como por ensalmo al tiempo y á la vida de ese hombre celestial. Enemigos, no los tiene Jesucristo: los malos cristianos, los católicos de mala fe son los que los tienen. Los oráculos de la gentilidad misma declararon que Jesus era hombre puro, sér extraordinario comparecido en el mundo para fines secretos de la Providencia; pero que los cristianos, por fatalidad eterna, desmerecían de él y eran acreedores á la ira de los dioses. No lo digo yo; lo dice el oráculo de Porfirio, en el cual creyó por ventura san Luis, rey de Francia, cuando se opuso ahincadamente á que un Kan de Tartaria convertido al cristianismo viniese á visitar las ciudades de Europa. Temió el santo rey que en presencia del espectáculo horrible de las ciudades católicas y los ministros de la religion, aquel bárbaro se volviese á su creencia primitiva. Suponiendo que el Redentor no hubiera sido sino persona mortal, yo, y todo hombre de bien, haría lo posible por imbuir á los pueblos en la idea de que era Dios. Si despojásemos á ese gran profeta de su carácter de divino, pondríamos á las sociedades humanas al borde de un abismo: el hombre no basta para contener al hombre: es necesario el Dios, pues no todos gozamos la prerogativa del filósofo verdadero. Cuáles son las ventajas de la filosofía? preguntaba un materialista á un sirenaico, bien como zahiriéndole con un retintin irónico. La de que pudiéramos los que la profesamos, respondió el filósofo, vivir sin leyes, absolutamente como vivimos con ellas. Si todos fuéramos filósofos de ese linaje, pudiéramos quizá vivir sin Dios

visible, como vivimos con Jesucristo; pero en este océano de ignorancias, malicias, inclinaciones perversas, anhelos desordenados, ímpetus feroces, desmayos tristes, abatimientos y miserias, el género humano ha menester freno y apoyo á un tiempo; freno y apoyo que pone y ofrece la religion, no sea que, hirviendo en furiosa anarquía, corra deshecho á los infiernos por el canal de las impiedades y los crímenes. Renan, Peyrat, y todos los que se han levantado en nuestro tiempo á negarle su parte divina á Jesucristo, no le habrían hecho buena obra á la especie humana, aun cuando hubieran demostrado sus proposiciones. En todo caso, una gran alegoría levantada en el Oriente y crecida hasta llenar el mundo; alegoría sublime que simboliza la sabiduría, la virtud y la felicidad, respeto y veneracion infundiera, y no deseo de arruinarla, por flujo de erudicion y soberbia. Los ateos que trabajan por destruir á Dios, son la figura de los anti-cristianos que se consumen por robarle la divinidad á Jesucristo. Así como no alcanzo cuál sería la ganancia de los hombres con perder por convencimiento su Criador; así no descubro su adelanto con dejar en Jesucristo un individuo simple y llano como nosotros. Si es error el mio, no me lo arranqueis! ese error me consuela, me salva, bien como al viejo Caton le consolaba la doctrina de la inmortalidad, y suplicaba á los incrédulos de su siglo no le arrancasen tan saludable convencimiento. Si la divinidad de Jesucristo fuera un error, los trescientos millones de cristianos que cubren la mitad de la tierra, tendrían derecho para levantarse y decirles á los que la combaten: No nos arran-

queis, por Dios, este error que nos consuela y nos vuelve dichosos.

Hay un sér perfectísimo cuya esencia está escondida en los misterios de la eternidad : nadie osa tocarle, por sus tradiciones sacrosantas : el espíritu divino descende sobre él, y como la luz á la estatua de Memnon la hacia dar suspiros armoniosos, así le hace propagar oráculos propicios á los hombres, y advierte al mundo lo que ha de cumplir y lo que ha de evitar para su bien. El pueblo le respeta, se contiene en su presencia, obra como lo manda Dios. Llega un sabio y dice : este hombre de carne y hueso es como todos nosotros : abajo el impostor ! Será digno de aplauso ese sabio impudente y necio ? Si él supo que ese ente extraordinario era como cualquiera de nosotros, ¿porqué no guardó para sí la noticia perjudicial á todos, útil á nadie ? qué gana él con que los pueblos dejen de creer que en ese cuerpo humano está encerrado el espíritu divino ? El descubrimiento de la verdad, responde el falso sabio. Este sabio no sabe, sin duda, que el pueblo debe ignorar muchas cosas ciertas y creer muchas falsas ? Varron, el más sabio de los romanos, no pensaba que la política ni la religion consistieran en entregar la verdad desnuda á la plebe, sino en ocultarle muchas cosas : ley antigua, muy antigua, observada desde las religiones primitivas en pueblos donde no habia vivir sin misterios profundos, como los sepultados en las Pirámides del Nilo. Con quién sustituis á Jesucristo, tal cual le conocemos y adoramos los cristianos, oh vosotros que estais andando tras él con el hacha de la Comuna ? No teneis aún un Dositeo,

yo presumo, ó habeis descubierto un Simon Mago ? Temed que vuestro profeta no se os vuelva turco cuando vais á buscarle, como les sucedió no há mucho á los judíos. No, vosotros no quereis un Barcohebás ni un Menandro para desbancarle con él á Jesucristo ; quereis la « autonomía individual, » como dicen los que no saben lo que dicen : la anarquía en lugar del órden, la oscuridad sobre la luz, la nada contra el todo que llena el universo. Dejadle á Jesucristo como es y como está : si le quitais la divinidad, dejais una caparazon no mayor ni más excelsa que la de Mahoma, ó la de cualquier otro hombre hábil de los que han conseguido embaucar al mundo y volverle su esclavo en provecho del error y la soberbia.

Ente sobrehumano habrá sido en verdad Jesus, cuando allí mismo, á las puertas de su muerte, los gentiles, llenos de misterioso respeto, le tributaban adoracion. Tiberio quiso clasificarle con los dioses del Olimpo : segun Lampridio, Adriano le erigió templos ; y Alejandro Severo le veneró poniéndole junto con las almas de Abraham y Orfeo. Los más encarnizados enemigos de Jesus nunca se atrevieron á irrogarle injuria ninguna : Volusiano, Juliano el Apóstata, Celso confiesan los hechos maravillosos que, por inspiracion y poder divino, andaba consumando por donde iba envuelto en luz, rodeado de amor, santificando la tierra con su mirada y su palabra. Simon Mago, Elimás, Apolonio de Thiana y otros muchos falsos profetas comparecieron, porque, segun la sublime expresion de Bossuet, el infierno hacia su último esfuerzo : cuál de ellos ha prevalecido ? Si